

«Lo que ha sucedido en diez años volverá suceder, y los fenómenos morales que observamos en este último período, volverán á repetirse con toda exactitud cuando sea necesario.»

#### LAS CONSECUENCIAS DEL SITIO DE PUEBLA.

Como se sabe, el sitio de Puebla fué causa de grandes vacilaciones y de mayores sorpresas en la corte de Napoleón III. El emperador no durmió durante varias noches consecutivas, presa de la zozobra, y el día que llegó la noticia de la toma de la plaza, el príncipe imperial en persona arrojó el parte de la rendición al pueblo aglomerado en las afueras de las Tullerías. Se consideraba aquel caso tan importante como cualquiera de las grandes batallas de la monarquía.

Durante el largo y porfiado sitio se empezó á comprender que aquella «kabila indocil é incapaz de cultura,» aquella «raza decaída y decrepita,» aquel «pueblo sin resorte moral y sin energías para la defensa,» servía para algo más que pagar reclamaciones exorbitantes y doblegarse ante las exigencias y los caprichos de cualquier aprendiz de diplomático del Quay d' Orsay.

En un autor francés, que por joven, por presuntuoso y porque venía primera vez al país refleja ampliamente el criterio del ejército invasor y quizás el de la nación francesa, nos encontramos la génesis del cambio de las opiniones acerca de Méjico.

No había quien no conviniera en que el fracaso del 5 de mayo había sido obra de la casualidad, de la torpeza de los franceses, de la buena suerte de los mejicanos, de cualquiera de todas estas cosas ó de todas ellas juntas, pero sin que el suceso pudiera repetirse una vez más, á no ser que se trastornaran las leyes de la naturaleza. Por eso Loizillon, el autor á que me refiero, anunciaba á una su amiga, el 9 de diciembre del 62' que no tardará el ejército en llegar á Méjico, probablemente sin disparar un tiro.

El 23 del mismo mes decía desde Perote: «Como quiera qué sea, no atacaremos á Puebla antes de los fines de enero. Algunos creen que nos costará mucho; otros, por el contrario, opinan que los mejicanos echarán pie atrás al primer cañonazo. Yo soy del parecer de estos últimos.<sup>2</sup>»

1 Op cit pág. 20.

2 Op cit pág. 30.

El 21 de enero avisaba desde Quecholac: «Seguramente que Puebla no resistirá más de quince días, pero quizás perdamos un mes en organizar una nueva base de operaciones antes de marchar para Méjico.<sup>1</sup>»

El 4 de febrero la jactancia del joven capitán llegaba al período álgido. «En el ejército, no hay quien no esté seguro (y bien lo prueban cuantos combates hemos sostenido) que dos batallones, tres escuadrones y una batería de artillería pueden recorrer á Méjico entero sin que se atreva á chistarles ningún ejército del país.<sup>2</sup>»

El 28 de febrero, casi en las goteras de Puebla, el humor tartarinesco del escritor no sufre un instante de mengua ni de decaimiento. «Es cosa resuelta, dice, que se atacará á Puebla tratando de hacer prisionera á la guarnición, ó por lo menos de desorganizarla de tal manera que no piense encerrarse otra vez en Méjico.<sup>3</sup>»

«Son conformes de toda conformidad las noticias que tenemos acerca de Puebla: ésta rodeada de fortificaciones y cuenta con cien piezas de artillería. No nos amedrenta en verdad este aparato, pues sabemos bien que tan pronto como caiga en nuestro poder cualquiera de las obras del recinto, será nuestra la ciudad. . . . Si el ataque se apresura, todo concluirá en cinco ó seis días; pero para eso no hemos de seguir el parecer de los ingenieros, que exigen un ataque en regla, con paralelas y demás.<sup>4</sup>»

Y un poco más allá: «Hacen mal en tomar tantas precauciones, que si proceden de pleno derecho cuando se trata de un ejército europeo, resultan superfluas respecto de uno mejicano.<sup>5</sup>»

Pero la primera embestida de los franceses le quita lo ufano y lo satisfecho. Está á punto de perder la vida en San Javier, presencia aquel fuego que Forey compara al de Sebastopol, y olvidándose de sus bravatas de marras confiesa que «en resumen *el trozo es más difícil de tragar de lo que suponía*, pues tras de murallas adquieren estas gentes no sé que fuerza de resistencia. . . .<sup>6</sup>»

«En mi última carta, escribe desanimado, decía que era modes-

1 Loizillon op. cit. pág. 38.

2 Loizillon op. cit. pág. 40.

3 Loizillon op. cit. pag. 44.

4 Loizillon op. cit. pág. 45.

5 Loizillon op. cit. pág. 47.

6 Loizillon op. cit. pág. 52.

to si vaticinaba diez días de sitio. Mis previsiones resultaron exactas desgraciadamente, pues los mejicanos se defienden con una energía de que no les creíamos capaces.»

El 30 de abril, recién ocurrido el caso de Santa Inés, ha modificado ya su opinión, y lejos de mostrarse *glorieux* y perdona vidas, dice con tristeza que «el sitio será largo y que *los mexicanos que conoce no son los que están tras de los muros*»<sup>2</sup>

«En resumen, exclama, la defensa de Puebla está perfectamente organizada y conducida. Apenas levantamos un espaldón de tierra, cuando al día siguiente ya hay abiertas aspilleras que lo batan.

«¿Qué dirá el emperador cuando sepa estas tristes noticias? El que nos anunciaba con toda formalidad, por el último correo, que no encontraríamos resistencia ninguna ni en Puebla ni en Méjico.

«¿Qué triste guerra ésta y qué de males va á traerle á Francia!

«Venimos para atacar á la porción vivaz, progresista, fuerte y numerosa en el país. Estamos apoyándonos en la parcialidad muerta y podrida y combatiendo contra el principio liberal, que preconizamos en nuestra propia casa.»

Olvidándose de que había asegurado que «con tres batallones, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería se podía recorrer todo Méjico sin hallar resistencia ninguna,» se indigna contra Saligny «ese hombre que había causado la triste guerra en que estaban metidos y que había contrapesado el mando militar.»

«Si le creyéramos, observa lleno de ira, marcharía de Orizaba á Méjico con un batallón de zuavos. Hace cinco ó seis días vino á recitar él *mea culpa* ante el general en jefe, pues dice que estaba engañado, y que no aguardaba tal energía de parte de los mejicanos.....

«Pues bien, tras esta declaración contaba antes de ayer en Cholula, que el ejército había hecho mal en atacar á Puebla, y que en aquel momento se comprometía á tomar á Méjico con un pelotón de caballería. ¡Y á este hombre se le ha confiado la política de un país.....! Pobre Francia, que podría desempeñar tan hermoso papel si no estuviera paralizada por esta guerra estúpida.»<sup>3</sup>

1. Loizillón op. cit. pág. 52.

2. Loizillon op cit pág. 55.

3. Loizillón, op. cit. págs. 68, 69.

Y era tan cierto que la defensa de Puebla había hecho cambiar la opinión de los franceses, que en la conferencia que tuvo el Gral. Mendoza, en el cerro de San Juan, con el Gral. Forey y su jefe de estado mayor, el coronel D'Auvergne, éste dijo: «El Gral. Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederán á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los prisioneros que se hagan en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que los defensores rompan su armamento, como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y serán, en consecuencia, deportados á la Martinica.

«Oído lo expuesto por el Gral. Forey, dijo con bastante vehemencia y en tono de desaprobación á los conceptos emitidos por el jefe de su estado mayor; yo deporto á la Martinica á los ladrones, á los bandidos, pero no á oficiales valientes, como los de que se compone la guarnición que defiende á Puebla.»<sup>1</sup>

El Gral. du Barail<sup>2</sup> concluye el episodio de Puebla con estas nobles palabras, que no resisto á la tentación de copiar textuamente:

«En aquellos momentos recibía el Gral. Forey á un parlamentario que le llevaba esta hermosa carta del Gral. Ortega:

«Señor general: No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, si lo estima por conveniente, tomando las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

«El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio de gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.

«Acepte V. E. etc.

ORTEGA.

«Estas hermosas líneas, obra de un general vencido, pasaron por la vista del Gral. Bazaine. ¿Por qué ¡ay! las había olvidado en 1870? ¿Por qué no las copió pura y simplemente, enviándolas al príncipe Federico Carlos? ¿Por qué no aprovechó el mariscal de Francia la lección.

1. Parte de G. Ortega, pág. 113.

2. Op. cit., págs. 440 á 443.